

*Los atlas de ciudades entre
la descripción y la comparación.
El Atlas Histórico
de Ciudades Europeas* ¹

*Manuel Guardia,
Francisco Javier Monclús,
José Luis Oyón*

**1. La historia urbana: debate teórico
y consecuencias metodológicas**

El *Allas Histórico de Ciudades Europeas* es un proyecto colectivo impulsado por el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona que intenta inscribirse últimamente en el ámbito de los estudios históricos urbanos. Tiene el doble objetivo de construir una obra de referencia y una red de trabajo, capaces de abordar cuestiones que han sido sólo tratadas de forma esporádica, parcial o dispersa. Su carácter abiertamente instrumental obliga a explicarlo a partir del entorno en el que pretende inscribirse. Este entorno es esencialmente el de la historia urbana.

Este ámbito de estudios, dotado ya de una cierta tradición, manifiesta su impulso decisivo en el contexto optimista de la década de 1960, y se convierte en centro de un debate teórico en el que se reelama para la historia urbana un espacio propio. Dyos, impulsor conspicuo de esas posiciones, consideraba como centro principal

¹ El presente trabajo se ha realizado en el marco del programa de investigación de la CICYT PB 95-0788. Vid. GUARDIA, M.; MONCLÚS, F. I., y OYÓN, J. L. (dirs.), *Atlas Histórico de Ciudades Europeas*, vol I, *Península Ibérica*, CCCB-Salvat, Barcelona, 1994; vol. II, *Francia*, CCCB-Salvat-Hachette, 1996.

de la historia urbana la necesaria interconexión entre proceso y lugar, entre los cambios sociales y el entorno al que pertenecen. El principal reto para el historiador inglés era el de dar una explicación histórica distintivamente urbana. Se trataba de distinguir dos niveles de análisis: un nivel que abordara el proceso urbano, poniendo el acento sobre las relaciones entre el espacio urbano y la sociedad que lo habita; otro nivel que investigara la presencia urbana en la más amplia historia de la sociedad. La historia urbana se distinguía así con claridad de la simple historia de ciudades, de las biografías urbanas ².

Estos postulados teóricos, que apuntaban a la vertebración teórica de un nuevo ámbito de estudios, fueron pronto objeto de crítica. Para muchos historiadores, lo urbano no era un factor aislable, y tomar la ciudad como variable explicativa era confundir la forma con el contenido. Hobsbawm, por ejemplo, caracterizaba la historia urbana como un gran contenedor con contenidos mal definidos. Estas críticas tuvieron su efecto, y aunque el debate teórico ha persistido como fondo necesario a las abundantes aportaciones empíricas, aquellos planteamientos han perdido el vigor y la convicción inicial. El Congreso de Leicester de 1980 muestra un cierto repliegue de los postulados teóricos. Stave resume bien una reorientación que ha caracterizado a partir de entonces la actividad de los historiadores urbanos: «no deberíamos estar demasiado preocupados sobre las identidades definitorias (...) y continuar escribiendo más y mejor historia urbana» ³.

Tal repliegue en las aspiraciones teóricas no es privativo de la historia urbana y tiene evidentes consecuencias metodológicas.

² Dyos, H. J. *Urban History Yearbook*, 1974, 1975, 1977 Y 1978.

³ ABRAMS, P., «Towns and Economic Growth: some theories and problems», en ABRAMS, P., y WIGLEY, E. A., *Towns in Societies*, Cambridge, 1978; HOBSBAWM, E., recensión a Dyos, H. J., y WOLFF, M., «The Victorian City», en *The Guardian*, 30 de agosto de 1973; FRASER, D., y SUTCLIFFE, A., *The Pursuit Of Urban History*, Edward Arnold, Londres, 1983, XXIV; MONCLÚS, F. J., y OYÓN, J. L., «La aproximación en la historia urbana», en *História urbana del Pla de Barcelona*, vol. 2, Barcelona, 1990, pp. 587-603. Una noticia sobre la génesis de la historia urbana en el texto de los mismos autores, «Espacio urbano y sociedad: algunas cuestiones de método en la actual historia urbana», *Arquitectura*, núm. 236, 1982, pp. 72-76.

En parte, deriva de la desconfianza ante la equiparación entre la historia y las ciencias de formalización más o menos rigurosa. Para Paul Veyne la historia es, sin duda, experiencia transmisible y acumulativa, pero no es propiamente un método, ya que no puede formular su experiencia bajo forma de definición de leyes y de reglas ⁴. Se adquiere, como el aprendizaje de un arte, a través del conocimiento de situaciones históricas concretas, de las que cada cual saca la lección a su manera. Más que de un método se trata de una experiencia clínica. Su manera de explicar, al menos en lo que se refiere a la síntesis, es «hacer comprender», narrar cómo han sucedido las cosas. Si se admiten estos argumentos, el debate teórico resulta conceptualmente útil para clarificar posiciones, para establecer hipótesis que se miden por su rendimiento, pero totalmente inútil si fija posiciones que no alimentan la investigación empírica.

Desde ese punto de vista, lo interesante es la densidad de trabajos que se han ido realizando sobre la historia de la ciudad, sus aproximaciones, sus propuestas conceptuales, los materiales que utilizan, sus instrumentos de análisis. Es fundamental, por otra parte, ampliar el cuestionario, enriquecer la percepción. Para ello hay que ser capaz de plantearse ante un acontecimiento más cuestiones de las que se pregunta un observador común; un crítico del arte ve en un pintura muchas más cosas que un simple turista. Por ello, la función heurística de la historia es esencial porque es la vía única para descubrir sus propias ignorancias.

En este sentido la historia urbana ofrece un campo de trabajo especialmente fértil. Aborda el modo en el que los procesos globales se articulan con la vida social en la pequeña escala local ⁵. Ofrece, de forma más concreta, una ampliación relevante y coherente del cuestionario que planteamos al pasado en una dirección fundamental, tratada generalmente de forma muy subsidiaria por los historiadores no urbanos. Nos referimos a la relación entre espacio y sociedad.

⁴ VEYNE, P., *Comment on écrit l'histoire*, Seuil, París, 1971, p. 68.

⁵ TILLY, Ch., «What good is urban history», en *Journal of Urban History*, vol. 22, 2 de septiembre de 1996: «los historiadores urbanos tienen la oportunidad de ser los más importantes intérpretes de las formas por las que los procesos sociales globales se articulan con la pequeña escala de la vida social».

Un balance del grueso de las aportaciones de mayor interés confirma que se trata de uno de los núcleos distintivos de la historia urbana.⁶ Marcel Roncayolo, en su voz «Città» en la *Enciclopedia Einaudi*, afirma que «a nivel teórico, el concepto de ciudad podría ser sustituido por una reflexión general sobre las formas espaciales y su relación con la sociedad»⁷. Por otra parte, como ha afirmado Lepetit, el tiempo es la dimensión privilegiada entre el elemento espacial y el elemento social⁸. No es raro, pues, que aquellas disciplinas que se interesan por el espacio urbano, como la geografía, el urbanismo o la arquitectura, se hayan visto obligadas a adoptar la perspectiva histórica. Estas disciplinas abordan el pasado con su propio instrumental desarrollado para el análisis del presente. También desde el punto de vista metodológico la historia urbana está necesitada de una mirada transversal sobre otras disciplinas, y de una aproximación mucho más ecléctica que ha sido incluso calificada de bricolage. Como afirma Cannadine, «los historiadores urbanos se dirigen fundamentalmente a la ciudad y sólo disponen de una metodología particular de manera excepcional. Los historiadores de la arquitectura y del urbanismo se interesan en los edificios, los grafos históricos en la distribución espacial y los historiadores sociales en las familias que viven en ellas, pero sólo los historiadores urbanos están interesados en la interacción entre la fábrica urbana y la fábrica social. Así, en completo contraste con dichos autores, que se aproximan a su objeto de estudio desde una disciplina bien definida -como sociólogos, urbanistas o _____ y, en con-

⁶ LEPETIT, B., «Histoire urbaine et l'espace», en *L'Espace* _____ 1, 1980; MONCLÚS, F. J., y OYÓN, J. L., «La aproximación _____ en la historia urbana», en *Història urbana del Pla de Barcelona* (1985), vol. 2, Barcelona, 1990, pp. 587-603; de los mismos autores, «Espacio urbano y sociedad: _____ cuestiones de método en la actual historia urbana», en BONET, A. (ed.), *Urbanismo e historia urbana en el mundo hispano (Segundo Simposio)*, 1982), Madrid, 1985.

⁷ RONCAYOLO, M., voz «Città», en *Enciclopedia Einaudi*, vol. 3, Turín, 1978 (hay traducción _____ como *La ciudad*).

⁸ LEPETIT, B., «Le temps des villes», en *Villes, histoire et cultures*, núm. 1, diciembre 1994, pp. 7-17. Ver también LEPETIT, B., y OLMO, E., «E se Herodoto tornasse in Atene? Un possibile programma di storia per la città moderna», en LEPETIT, B., y OLMO, E. _____ *La città e le sue storie*, Turín, 1995.

secuencia, utilizan las construcciones teóricas de esas especialidades, los historiadores urbanos están obligados a ser más eclécticos» 9.

El *Atlas Histórico de Ciudades Europeas* quiere enriquecer la percepción de los fenómenos urbanos prestando una atención sostenida a la dimensión espacial de los mismos, aproximando visiones y tradiciones disciplinares distintas y multiplicando los ejemplos para convertirse en un instrumento para la comparación.

2. Una herramienta para la comparación

Subrayar las diferencias entre la historia urbana y las biografías urbanas no debe hacer olvidar que éstas proveen el fundamento empírico para los análisis sistemáticos de los procesos presentes en el mundo urbano 10. Ampliar el radio de observación y recurrir a la comparación es el único modelo para la historia urbana de elevarse sobre el horizonte exclusivamente local, de evitar la tentación de lo local y los peligros de las generalizaciones apresuradas a partir de pocos ejemplos. Ésta no es una exclusiva de la historia urbana. Independientemente de la mayor o menor adhesión que pueda despertar el término historia comparada, lo cierto es que el recurso a la comparación está inevitablemente inscrito en la práctica de todo historiador, hasta el punto que es difícil decir dónde empieza la historia comparada y dónde termina la historia *tout court*.

Generalmente cuando se enuncia la voluntad de construir un instrumento para la aproximación comparada, se plantea el problema de la *comparabilidad*, se piensa en cuestiones fácilmente formalizables, incluso parametrizables, o bien se insiste en la necesidad de una comparación en tomo a problemas precisos 11. Estas son

⁹ CANNADINE, D., «The Dyos phenomenon and after», en CANNADINE, D., y REEDER, D. (edso), *Exploring the urban pasto Essays in urban history*, Cambridge, 1982, pp 212.

¹⁰ RODGER, R., *In praise of comparative urban history*, manuscrito.

¹¹ Existen ya algunos ejemplos ilustres de este último enfoque que se cuentan sin duda entre las mejores contribuciones a la historia urbana. Comparaciones en torno a un problema preciso son, por ejemplo, BURKE, P., *Venice and Amsterdam*, versión italiana, Bolonia, 1988; KELLET, J. Ro, *The Impact of railways on victorian*

opciones dominadas por planteamientos metodológicos que acotan los riesgos inevitables de la comparación y tranquilizan nuestra necesidad de ajustarnos a los modelos más formalizados. Sin embargo, estos marcos metodológicos más o menos estrictos no agotan la utilidad de la comparación.

En la crítica la comparación es efectivamente instrumento sistemático. Marc Bloch nos recuerda la fundación de la diplomática por Mabillon, comparando los diplomas merovingios, unas veces entre sí, otras con otros textos distintos por la época y la naturaleza, o el nacimiento de la exégesis en la confrontación entre las narraciones evangélicas¹². Pero en el proceso de investigación su primera utilidad es de carácter heurístico, evita las orejeras que sólo permiten ver un período, área geográfica o ámbito temático; permite cultivar sistemáticamente la paradoja, mostrar las diferencias de lo que parece semejante y las semejanzas de lo que aparece diferente; ampliar, en definitiva, el cuestionario de problemas y cuestiones. De forma menos explícita, pero no menos eficaz, esta misma ampliación de la experiencia a través de la multiplicación de los ejemplos facilita explicar el sentido o las causas de los acontecimientos a partir de aquel género de inducciones, generalmente inconscientes, que Paul Veyne inscribe bajo el término retrodicción¹³. En la exposición de los resultados del proceso de investigación, el *dossier* de comparaciones que han enriquecido las interrogaciones puede hacerse evidente trazando paralelos explícitos y presentando el resultado como ensayo de historia comparada. Puede adoptarse una aproximación globalizante, organizada como una historia de ítems, cuando se advierten rasgos comunes suficientemente acusados, o asomar únicamente en algunos ejemplos aparentemente casuales. Pero, en conjunto, es un recurso constante y necesario en la práctica del historiador.

cities, Londres, 1969; GUILLERME, A., *Les temps de l'eau*, Champ Vallon, 1983; DAUNTON, M. J., «Introduction» a DAUNTON, M. I. (ed.), *Housing the workers. A Comparative History, 1850-1914*, Londres-Nueva York, 1990; OLSEN, D., *The city as a work of Art*, New Haven-Londres, 1986.

¹² BLOCH, M., *Introducción a la historia*, México, 1952, pp. 87-88.

¹³ VEYNE, P., *Comment on écrit...*

La comparación es especialmente importante y conflictiva cuando, como en el caso de la historia urbana, se enfrenta a realidades muy singulares y con una fuerte identidad. Resultan aquí mucho más difíciles las *generalizaciones de grado medio* que tan productivas han resultado en la historia rural ¹⁴.

3. La dimensión espacial en la tradición de **los estudios históricos urbanísticos** y en **las recuperaciones recientes**

En la historiografía urbana reciente, las aproximaciones que consideran la dimensión espacial como un aspecto clave que permite un acercamiento complejo a los procesos urbanos resultan cada vez más frecuentes. Desde hace bastante tiempo, la confluencia entre la visión más propia del ámbito de los historiadores con la que proviene de las preocupaciones de otros estudiosos de lo urbano ha producido numerosos trabajos que han contribuido a una renovación sustancial de la historia urbana ¹⁵. En realidad, esto no es una novedad absoluta. Es imprescindible tener en cuenta que la «sensibilización espacial» y el interés por los aspectos morfológicos de los arquitectos o de los geógrafos en las últimas dos décadas enlaza, de forma más o menos directa, éon diversas tradiciones que han tenido un gran peso en las respectivas disciplinas. Del mismo modo, las tentativas de integración de esos enfoques con las visiones retrospectivas e históricas prolongan los esfuerzos dialogantes entre esos estudiosos y algunos historiadores ocupados en el análisis de las ciudades.

Desde principios del siglo XX, a pesar de las limitaciones que se puedan encontrar, aparecen toda una serie de trabajos sobre ciudades que tratan aspectos morfológicos y paisajísticos en sentido

¹⁴ DE VRIES, J., "Urbanización y ciudad», conferencia dictada el 11 de noviembre de 1991, Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona; del mismo autor, *La urbanización de Europa, 1500-1800*, cap. I, Barcelona. 1987, nota 24.

¹⁵ MONCLÚS, F. J., y OYÓN, J. L., "La aproximación espacial.»; LEPETT, B., "Histoire urbaine...» (vid. nota 6).

amplio. Desde nuestro punto de vista actual, se puede considerar que obras como la de Poëte sobre París (1924-1931) o la de Hegemann sobre Berlín (1930), si bien se pueden considerar, en cierto modo, «superadas» por la investigación posterior sobre esas ciudades, representan ya unas primeras muestras maduras de la historia urbana¹⁶. En cambio, desde determinadas aproximaciones recientes se han reivindicado sobre todo los aspectos más estrictamente formales, es decir, los análisis del plano de la ciudad y de la «arquitectura urbana», expresión acuñada por Lavedan. De ahí la ambigüedad del concepto de morfología urbana tal como se manifiesta en la interpretación reductiva del mismo por Rossi y toda una corriente de análisis arquitectónicos de la ciudad que ha tenido una gran influencia en numerosos trabajos realizados en los años setenta y ochenta. A partir de una crítica al esquematismo funcionalista del urbanismo moderno se recogen ciertas preocupaciones propias de aquellas tradiciones, poniendo el acento en las ideas de «permanencia del plano», enunciadas por Poëte, aunque desarrolladas más tarde por Lavedan. Lo que interesa destacar aquí es que, aunque se recogen muchas de las elaboraciones de principios de siglo, las visiones «morfológicas» no agotan las múltiples vías abiertas por aquellos estudios pioneros. Así, en la obra de Poëte mencionada apenas hay planos y sí abundante material iconográfico. No se trata, pues, de un análisis morfológico de París en sentido estricto, sino de una aproximación más global al paisaje urbano que parte de la utilización de fuentes muy diversas. Precisamente la modernidad de ese planteamiento reside en el reconocimiento de la necesidad de utilizar todo lo que tiene que ver con el «organismo urbano»: desde fuentes literarias a «estadística gráfica», pasando, sobre todo, por las representaciones pictóricas y fotográficas. Tampoco la de Hegemann sobre

¹⁶ POËTE, M., *Un vie de cité. Paris de sa naissance á nos jours, 1924-1931*; HEGEMANN, W., *La Berlino di pietra. Storia della piú grande città di caserme d'affitto (1930)*, Milán, 1975. Sobre la obra de esos dos autores y su relación con la historia urbana, pueden ver respectivamente CALABI, D., «Marcel Poete: pioner of "l'urbanisme" and defender of "l'histoire des villes"», en *Planning Perspectives*, vol. 11, núm. 4, 1996, pp. 413-436; MONCLÚS, F. J., «Arte urbano y estudios histórico-urbanísticos. Tradiciones, ciclos y recuperaciones», *3ZU. Revista d'Arquitectura*, núm. 4, ETSAB-Ambit, 1995, pp. 92-101.

Berlín se puede asimilar a los estudios sobre «arquitectura urbana», sino a una visión más orientada a explicar las características físicas de una ciudad en rápido crecimiento, focalizando el análisis en los procesos urbanos que están en la base de una estructura espacial y un paisaje determinado, y efectuando un considerable esfuerzo de síntesis multidisciplinar. Aunque partiendo de supuestos diferentes, ambas obras estudian la «evolución de las ciudades» y no tanto su morfología en sentido estricto ¹⁷.

Conviene referirnos a este respecto a ciertos estudios sobre el paisaje urbano que se inscriben en el marco de la geografía alemana, anglosajona y francesa, para hacerse una idea de su relevancia en los estudios histórico-urbanísticos recientes. Existen diversos trabajos que reconocen la naturaleza y las variantes de esas tradiciones, por lo que no vamos a ocuparnos aquí de esa cuestión. No obstante, debería destacarse el hecho de la introducción del concepto de «paisaje cultural» en la geografía alemana con la figura de Otto Schülter, uno de los pioneros del análisis morfológico aplicado a las ciudades que habla de *Stadtlandschaft* ya en los años de cambio de siglo. En esa línea se pueden inscribir numerosas aportaciones que muestran la difusión del interés en las cuestiones morfológicas, que se manifiestan en distintos estudios sobre las ciudades alemanas en el primer tercio del siglo actual. Se puede seguir esa tradición de estudios y sus distintas variantes para comprobar cómo se pasa de los estudios basados en el análisis más bien descriptivo del plano de las ciudades a la ampliación del interés inicial, con la consideración de otros elementos clave como el parcelario y la edificación ¹⁸. En cuanto a otros aspectos que influyeron en la llamada aproximación «morfológica», así como a la consideración de los cambios en la estructura urbana, parece claro que hubo que esperar al desarrollo, después de la Segunda Guerra Mundial, de la geografía urbana anglosajona.

¹⁷ Sobre la noción de arquitectura urbana de P. Lavedan puede verse COHEN, Í. L., «L'architecture urbaine" selon Pierre Lavedan», en *Les Cahiers de la recherche architecturale*, núm. 32-33, 1993.

¹⁸ CAPEL, H., *Filosofía y ciencia en la Geografía contemporánea*, Barcelona, 1981, pp. 346-358; VILAGRASA, J., «El estudio de la morfología urbana», en *Ceo-crítica*, núm. 92, 1991.

En el ámbito de la geografía inglesa y norteamericana es destacable la preocupación por la división social y funcional del espacio, sobre todo a partir de los estudios de la llamada escuela de «ecología urbana» de Chicago. Numerosas investigaciones han profundizado en el conocimiento de los procesos de segregación, tratando de desarrollar los planteamientos de aquella tradición «ecológica». Los trabajos de Lawton, Pooley o Carter se han centrado en el análisis de unos procesos de transición por los que las ciudades pasaban de ajustarse al modelo de ciudad preindustrial de Sjoberg a los más modernos de Burgess. En realidad, en el debate reciente de geógrafos históricos y de historiadores urbanos, la cuestión de la semejanza entre los procesos urbanos y la diversidad de trayectorias en cada ciudad sigue constituyendo uno de los problemas principales. Como ha señalado Dennis, la discusión se puede resumir diciendo que, con ciertas excepciones, los geógrafos (como Whitehand) se preocupaban más por las semejanzas, mientras que los historiadores (como Daunton) se interesaban más por las diferencias entre las ciudades. En cualquier caso, la apertura de los geógrafos a los planteamientos de sociólogos, economistas o historiadores resulta cada vez más intensa. Por ejemplo, ciertas aproximaciones a la morfología urbana se reclaman, a un tiempo, herederas de los estudios dinámicos e históricos del plano de la ciudad de Conzen y de las teorías de Alonso sobre la renta del suelo, que establecen una diferenciación de usos del suelo que se va alterando según las épocas de crisis y de crecimiento de cada ciudad¹⁹. Otra línea tradicional en la geografía histórica británica aborda el estudio de los usos del suelo como una ampliación del interés inicial por el plano. Dickinson, Johnson, Cordon o Carter, por ejemplo, consideran estos aspectos más estructurales como una extensión del concepto de la morfología urbana. Y el estudio de los procesos de crecimiento urbano y suburbano ha dado lugar

¹⁹ WHITEHAND, I. W. R., «Background to the urban morphogenetic tradition», en WHITEHAND, I. W. R., *The urban landscape: historical development and management. Papers by M. R. G. Conzen*, Londres, 1981; DENNIS, R., *English industrial cities at the nineteenth century. A social geography*, Cambridge, 1984.

a una extensa literatura en la que confluyen distintos trabajos realizados por geógrafos con los de algunos historiadores urbanos ²⁰.

En una línea paralela, también se pueden encontrar las raíces de la reciente recuperación del interés por la morfología y el paisaje urbano en la escuela geográfica francesa de Vidal de la Blache (historiador de profesión, por cierto). Además de las conocidas monografías regionales, el estudio del paisaje resultaba fundamental en la obra de autores como Brunhes, un historiador convertido en geógrafo, autor de una de las primeras obras sistemáticas en la que, junto a los cultivos y las fronteras, se estudian los caminos, las casas y las ciudades. En otros autores de esa misma escuela, el concepto de paisaje se «moderniza» inscribiéndose en el más general de «organización del espacio». Con esa preocupación surgen las primeras monografías urbanas como la pionera de Blanchard sobre la ciudad de Grenoble, considerada como el punto de partida de la geografía urbana francesa. Esa tradición de diálogo entre historiadores y geógrafos dio lugar a numerosas monografías sobre ciudades después de la guerra mundial. No se entendería la importancia en cantidad y en calidad de los estudios de geógrafos históricos y de historiadores urbanos en las últimas décadas sin tener en cuenta esa tradición. Por ejemplo, los trabajos de Roncayolo sobre diversos aspectos en la transformación de las ciudades francesas durante los siglos XIX y XX ²¹.

Parece obvio que muchos de estos trabajos, sobre todo los realizados en el primer tercio del siglo, que podemos considerar como una «primera generación» de estudios histórico-urbanísticos, guardan relaciones estrechas con las preocupaciones que marcaban los años

²⁰ DICKINSON, R. E., «The towns of East Anglia: a study in urban morphology», en *Geography*, vol. 19, 1934, pp. 337-50; del mismo autor, *The West European City. A Geographical Interpretation*, Londres, 1951; JOHNSON, J. H. (ed.), *Suburban Growth. Geographical processes at the Edge of the Western City*, Londres, 1974; GORDON, G., «The shaping of urban morphology», en *Urban History Yearbook*, 1984; CARTER, H., *An Introduction to Urban Historical Geography*, Londres, 1983.

²¹ BLANCHARD, R., *Grenoble: Etude de géographie urbaine*, París, 1911; BUTTIMER, A., *Sociedad y medio en la tradición geográfica francesa*, Barcelona, 1980, p. 136; RONCAYOLO, M. (ed.), *La ville de l'âge industriel. Le cycle Haussmannien. Histoire de la France urbaine*, vol. 4, París, 1983.

«fundacionales» de la moderna disciplina urbanística, tanto en la vertiente morfológica como en la más funcionalista. En los mismos años en que geógrafos e historiadores como los mencionados realizaban sus aportaciones, aparecen otros trabajos que realizan ciertas aproximaciones a la morfología urbana desde la perspectiva de la cultura urbanística. En ese contexto habría que inscribir, por ejemplo, la preocupación por el tema en tratados de urbanismo, como el de Unwin (1909). También algunos estudios histórico-urbanísticos como la obra de Stübben sobre ciudades francesas o la de Jürgens sobre «el desarrollo y la configuración urbanística de las ciudades españolas». Y también las monografías antes citadas de Poëte sobre París, o Hegemann sobre Berlín. En una línea semejante podrían inscribirse otros trabajos monográficos, como el de Rasmussen sobre Londres o, ya en los años sesenta, la ambiciosa iniciativa de Gutkind (1964-1972) ²².

Paralelamente, habría que tener en cuenta la tradición más funcionalista del urbanismo, en la que pesan de forma decisiva los estudios sobre la estructura urbana o, si se quiere, «morfológicos» en sentido amplio. Es decir, aquellos que se interesan por lo que en la literatura anglosajona se denomina el *city building process* y que incluye el análisis de los usos del suelo, los sistemas de transporte, etc. Esa aproximación ya estaba presente, en cierto modo, en diversos congresos de urbanismo y arquitectura desde principios de siglo, en los cuales se yuxtaponen «planos temáticos» de distintas ciudades con una intención comparativa explícita. Es ahí donde se incorporan los trabajos de «estadística gráfica», que algunos autores como Poëte consideraban también fundamentales para el entendimiento de la evolución urbana, aunque no los incluyeran en sus publicaciones principales. El IV Congreso de los CIAM (1933), dedi-

²² STÜBBEN, J. *Vom Iranzosischem Städtebau*, Berlín, 1915; del mismo autor, *Der Städtebau, Handbuch der Architectur (1890-1907-1924)*, trad. it. parcial en PICCINATO, G., *La costruzione dell'urbanistica. Germania, 1871-1914*, Roma, 1974; JÜRGENS, O., *Spanische Städte. Ihre bauliche Entwicklung und Ausgestaltung, 1926*, edición en castellano: *Ciudades españolas: su desarrollo y configuración urbanística*, Madrid, 1992; RASMUSSEN, S. E., *London. The Unique City* (1934), Cambridge-Londres, 1982; GUTKIND, E. A., *International History of City Development*, 7 vols., Nueva York, 1964-1972.

cado a la «ciudad funcional» y documento clave del urbanismo moderno, se basaba precisamente en el análisis comparativo de un conjunto de planos analíticos de la estructura urbana y los usos del suelo de varias ciudades. El hecho de que, precisamente a partir de entonces, comenzaran a proliferar los estudios de los geógrafos urbanos que atendían a la disposición de los usos del suelo en la ciudad no deja de ser significativo²³. Lo que resulta también altamente revelador respecto a las vinculaciones entre las nuevas orientaciones urbanísticas y los estudios retrospectivos llevados a cabo por arquitectos y urbanistas -italianos en particular- es que, a partir de finales de los años sesenta, este tipo de preocupaciones estructurales fueran dejadas de lado. Una evolución que guarda ciertos paralelismos con la de la geografía urbana en España, en el sentido de la adopción de las aproximaciones estrictamente morfológicas en los estudios de los años cuarenta del grupo pionero de Casas Torres y su abandono en los sesenta, así como su recuperación, ya con nuevas perspectivas más abiertas a los aspectos económicos y sociales, en los últimos decenios²⁴.

De lo que se trata con un repaso tan somero a las distintas tradiciones es de reconocer la importancia de las mismas en toda una serie de trabajos recientes que focalizan el análisis en la dimensión espacial de los fenómenos urbanos y que pueden inscribirse en el epígrafe un tanto cómodo de la «historia urbana» o también en el de la historia del planeamiento entendida en sentido "muy amplio"²⁵. El *Atlas Histórico de Ciudades Europeas* privilegia cla-

²³ HEGEMANN, W., *Catálogo delle Esposizioni Internazionali di Berlina 1910 en Diiseldorf 1911* (Berlín, 1912), Milán, 1975; la descripción del trabajo de los CIAM en SERT, I. L., *Can our cities survive? An ABC of urban problems (1942)*, ed. catalana, Barcelona, 1983.

²⁴ MAS, R., «Sobre la geografía urbana en España», en *Historia urbana i intervenció en el centre historie*, Barcelona, 1989, pp. 217-238; CAPEL, H., «Introducción», en BOSQUE MAUREL, I., *Geografía urbana de Granada* (1962), Granada, 1988.

²⁵ El Atlas recoge, por ejemplo, numerosos planes y proyectos urbanísticos de cierta incidencia en la configuración urbana. Un aspecto que resulta cada vez más relevante en el debate historiográfico reciente y que resulta de difícil acceso si no se dispone de un número considerable de monografías. Ver, por ejemplo, LADO, B., *Urban Planning and Civic Order in Germany, 1860-1914*, Cambridge

ramente los aspectos espaciales. Pero de ello no se deduce necesariamente una visión estrictamente morfológica. Si acaso, una aproximación a la vez morfológica, paisajística y temática. Temática, en el sentido de Checkland, cuando se refiere a la consideración de los «grandes procesos», tratando de mantener un cierto equilibrio entre la mera acumulación de «biografías urbanas» y los estereotipos urbanos propios de la visión de Mumford. Los ensayos de los autores se centran, pues, en la consideración de procesos que no son «espaciales», pero que tienen implicaciones espaciales. En realidad, se ha intentado establecer un estado de la cuestión referido a toda una serie de aspectos que van desde los procesos de crecimiento físico hasta las tentativas de control urbanístico, pasando por algunos indicadores de lo que genéricamente se entiende por morfología y estructura física de las ciudades.

4. Cartografías

Es evidente que implicar la variable espacial en el estudio de la historia urbana conlleva, tarde o temprano, una cierta plasmación cartográfica. Decir espacio supone, de una u otra manera, mapeificar. Si el entorno físico de la ciudad interactúa de alguna manera con la estructura social, no es sorprendente que los historiadores urbanos hayan mostrado tradicionalmente un particular interés en mapas, planos o cualquier otro tipo de representación espacial²⁶. Analizar el artefacto urbano en sus dimensiones escalares, tomar conciencia del impacto de las transformaciones urbanísticas, trasladar los datos de la demografía o la economía al plano, desemboca casi siempre en una cierta representación de la ciudad. Pero la cartografía urbana

Mass., 1990; GAUDIN, J. P., *Desseins de villes. "Art urbain" et Urbanisme*, París, 1991; HALL, T. (ed.), *Planning and Urban Growth in the Nordic Countries*, Londres, 1991. Un conjunto de aproximación habitual en la revista interdisciplinar *Planning Perspectives (1986-1996)*.

²⁶ CONZEN, M. R. G., «The Use of Town Plans in the Study of Urban History», en Dyos, H. J., *The Study of Urban History*, Londres, 1968; CARTER, H., «The map in urban history», en *Urban History Yearbook*, 1979.

no es nunca inocente, ni en sus manifestaciones aparentemente más objetivas y neutrales ²⁷. Toda cartografía es siempre una operación de construcción en el sentido más fuerte del término. ¿Qué cartografía adoptar en un atlas de ciudades a la altura de nuestros tiempos? ¿Qué tipo de imágenes adoptar, cuáles desestimar?

Un atlas de ciudades actual no puede ser ya una mera suma de planos topográficos a escala, por muy precisos que éstos sean. Para empezar, la historia de la imagen urbana no se circunscribe a la de las formas de representación global, estrictamente topográficas ---del plano a escala en visión cenital, como quintaesencia de la visión «objetiva» y «exacta» de la ciudad---, sino que incluye muchas otras tan explicativas o más de la compleja realidad urbana ²⁸. Cuando en el siglo XVIII las técnicas cada vez más precisas de la cartografía sancionen la definitiva separación entre el topógrafo (responsable de unos planos en planta cada vez más generalizados) y el artista, el retrato de la ciudad se convertirá en una operación cargada de subjetividad. Mirada parcial muchas veces, pues la ciudad es cada vez más difícil de captar en la continua desmultiplicación de la imagen urbana que se desarrolla a partir de la revolución industrial. Pero mirada también plena de hallazgos en los infinitos puntos de vista en los que el artista puede ahora libremente situarse, en las infinitas posibilidades de apropiación de la imagen urbana que ofrecen las nuevas técnicas ²⁹. No quiere ello decir que un atlas moderno de historia urbana haya de ignorar una representación «verista» de la ciudad, que deba huir del plano topográfico en el que se detallan

²⁷ WOOD, D., *The Power Of Maps*, Nueva York, 1992; HILLS, H., «Mapping the early modern city», en *Urban History*, vol. 23, pl. 2, 1996, pp. 145-]70.

²⁸ Como ha señalado recientemente André Corboz, «para explicar convincentemente en qué consiste la iconografía de las ciudades se debería describir paso a paso cómo articula ésta tres elementos principales que interactúan a lo largo del tiempo: por una parte, lo que es mostrado (vista general o parcial, escenas o actividades representadas); por otra, el medio que lo muestra (pintura, grabado, fotografía, cine), y, finalmente, la evolución de los propios asentamientos humanos». Vid. CORBOZ, A., «Breve tipología de la imagen urbana», en *Retrat de Barcelona*, vol. 1, pp. 23-39.

²⁹ CARCÍA ESPUCHE, A., «Para una historia de la disimilitud», en *Retrat...*, pp. 13-19.

hasta el último extremo los componentes de la estructura física de la ciudad. Pero en la mirada moderna sobre la ciudad es preciso también, como el artista desde finales del siglo XIX, distanciarse de una imagen neutral de la ciudad y poner de manifiesto no sólo la estructura física, sino también los contenidos que caracterizan el fenómeno urbano. Y ello supone incluir debidamente «otras» representaciones distintas a la de la imagen global del plano en planta. La maqueta, el plano temático, el grabado, la pintura, la fotografía, el cine; no una sola, sino diversas técnicas de representación urbana; no una sola mirada global, sino múltiples perspectivas parciales.

La apuesta por una iconografía urbana múltiple se hace obligatoria por poco que fijemos nuestra atención en la historia de los atlas urbanos o en la de las diferentes recopilaciones más o menos sistemáticas de imágenes urbanas globales: una tradición cambiante y cada vez más diversificada en las técnicas de representación del objeto urbano. La tradición de los atlas urbanos de vistas de ciudades se remonta al siglo XVI. Las vistas de ciudades a vuelo de pájaro inauguran un nuevo horizonte de imágenes en el que la ciudad es presentada por sí misma, en el centro de la imagen, y no como mera forma simbólica o simple fondo de escenas religiosas o profanas, como había sido corriente en los siglos bajomedievales. Muchas ciudades europeas fueron así representadas en los trabajos de Münster, *Cosmografía Universalis* (1544, 46 ediciones hasta 1628), o de Braun y Hogenberg, *Civitates Orbis Terrarum* (6 volúmenes entre 1572 y 1618, con 546 ciudades del mundo representadas). Durante más de dos siglos, otras colecciones de vistas urbanas fueron realizadas para monarcas, aristócratas o simplemente viajeros, que así eran capaces de reconocer los valores culturales y estéticos de esos lugares excepcionales en los que las ciudades habían sobrevenido³⁰.

³⁰ Véase, por ejemplo, Nun, L., «Alle origini del "Grand Tour": imagini e cultura della città italiana negli atlanti e nelle cosmografie del secolo XVI», en *Storia Urbana*, núm. 27, 1984; DE SETA, C., «Significati e simboli della rappresentazione topografica negli Atlanti dal XVI al XVII secolo», en DE SETA, C. (ed.), *Le città capitali*, Roma, 1985; KAGAN, R. (ed.), *Ciudades del Siglo de Oro. Las vistas españolas de Anton Van den Wingaerde*, Madrid, 1986. Sobre la génesis de los planos topográficos, de las vistas a los planos a escala y los inicios de

El siglo XVIII llevó consigo una manera diferente de mirar las ciudades. Comportaba una mayor atención a la distribución del espacio urbano, un mayor interés por cartografiar en detalle que consolidó la visión cenital y la medición estricta (el «plano geométrico»). El plano topográfico en planta, avanzado ya por los militares, comenzará desde entonces una larga andadura. La fundación de comisiones estadísticas encargadas de elaborar la cartografía catastral de los nacientes Estados liberales puede interpretarse como la culminación de esa nueva actitud, ligada al avance de la estadística y de los instrumentos de medición cartográfica. Durante el primer siglo XIX ese espíritu de las instituciones estatales se refleja en nuevos gustos. Aunque se observa una considerable difusión de las vistas urbanas que recogen la tradición de los primeros atlas de ciudades, objeto entonces de atención de un público creciente y bien definido ³¹, nuevas empresas editoriales de recopilación cartográfica reflejarán aquel espíritu, como por ejemplo la *Society for the Diffusion of Useful Knowledge* (1830-1843). Esta entidad grabó, por ejemplo, cuarenta planos de las más grandes ciudades, y los alzados muestran con gran precisión los elementos básicos de la estructura física de las ciudades: calles, edificios, espacios públicos, murallas ³². Otras iniciativas nacionales, como las mismas series de cartografía catastral llevadas a cabo por los diferentes Estados, contribuirán a difundir esas nuevas imágenes abstractas, pero cada vez más familiares, de la planta geométrica de la ciudad. La magna empresa de Coello en el *Diccionario geográfico* de Madoz no es sino la plasmación en la España de mediados del siglo XIX de esa nueva sensibilidad cartográfica ³³. Aparecerán también en la misma época, siguiendo una tradición del siglo anterior, portafolios de grabados de gusto

la separación entre topógrafo y artista en el siglo XVI, *vid.* HARVEY, P. D., *Topographical Maps. Symbols, pictures and surveys*, Londres-Nueva York, 1980.

³¹ *Ciudades: del globo al satélite*, catálogo de la exposición del Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, Madrid, 1994, pp. 19-91.

³² BRANCH, M. C., *Comparative Urban Design. Rare Engravings*, Nueva York, 1978. Para una reciente impresión en esa línea de publicaciones, *vid.* *Historie Urban Plans. Historie City Plans and Views*, Nueva York, 1985.

³³ CUELLO, F., «Atlas de España y sus posesiones de Ultramar, 1847-1876», en QUIRÓS, F., *Las ciudades españolas en el siglo XIX*, Valladolid, 1991.

romántico que ilustran cada país, ciudad por ciudad, con lo que van diversificándose poco a poco las imágenes coleccionables de la ciudad, y numerosas casas editoriales comenzarán a publicar a nivel nacional colecciones de ciudades donde -nuevo signo de los tiempos- la planta topográfica de la ciudad es ahora ornada con los sellos de las diferentes firmas comerciales e industriales con sede en la urbe.

El siglo XX introducirá una novedad decisiva en la visión global de la ciudad a través de la fotografía: la vista aérea revolucionará nuestra mirada sobre la ciudad y nuevos álbumes especializados dedicados a vistas urbanas desde el avión comenzarán a acostumbrar el ojo del espectador a una nueva realidad urbana. Publicaciones más o menos oficiales de fotos aéreas comenzarán a difundirse desde los años treinta, una vez superada la fase de estricta utilización militar de la técnica fotográfica. Las recopilaciones nacionales de fotoplanos de ciudades se generalizarán luego en la segunda posguerra europea³⁴ y son ahora ya muy comunes en una visión más bien popularizada de la imagen urbana. La fotografía satélite no sería sino el último estadio histórico de un progresivo distanciamiento del punto de vista en un intento desesperado de captar la globalidad ya inaprensible de las actuales áreas metropolitanas³⁵.

Se podría suponer desde una perspectiva evolucionista que cada época ha ido introduciendo una especial manera de ver la ciudad que ha eclipsado totalmente las visiones anteriores. Nada más lejos de la realidad, como se habrá podido entrever en este rápido esbozo de la cartografía urbana. La vista desde el aire, por poner un solo ejemplo, reaparece ahora ante nuestros ojos en la visión de los artistas o en las guías turísticas contemporáneas para denotar en pocos trazos algunos estereotipos singulares de las actuales ciudades, conviviendo

³⁴ *Città d'Italia dal cielo*, 1930, y GESTER, G., *La tierra de los hombres*, 1975, citados por CORBOZ, A., «Pequeña tipología...», cit. La revista *Hogar y Arquitectura* publicó en 1970 la serie de vistas aéreas de las de provincia españolas. DEFFONTAINES, P., y BRUNHES-DELMARRÉ, J., *Atlas aérienne de la France*, 6 vols., París, 1956.

³⁵ *Ciudades: del globo*.

con el fotoplano, la visión en satélite o el plano geométrico clásico³⁶. Al no existir una imagen única de las ciudades, las distintas técnicas multiplican las visiones de la ciudad contemporánea, complementándose a su vez entre sí. La descomposición de la imagen urbana es hoy un hecho: no existe una visión unitaria de la gran ciudad, sino una visión tan fragmentada como la propia realidad que la cartografía trata de reflejar. La iconografía urbana que se le ofrece así al estudioso de la ciudad es tan múltiple y compleja como la misma realidad urbana. Función de cualquier atlas contemporáneo de ciudades será el reconocer esa compleja condición de partida.

Los «estudios urbanos» han jugado finalmente un papel angular en esta multiplicidad de posibles cartografías urbanas. La visión de la ciudad desde las distintas ciencias sociales no ha hecho sino descomponer al infinito una realidad urbana que se postula como única. El nuevo espíritu enciclopédico y utilitarista del siglo XVIII llevó consigo una nueva visión demográfica, médica, social, económica... y en general «funcional» de la ciudad que introdujo un interés por una nueva dimensión «oculta» de la topografía urbana³⁷. Eran los inicios de una cartografía que podemos denominar temática, consolidada de manera clara en el ochocientos³⁸. La estadística médica, la de población, los proyectos de redes técnicas... desarrollaron así toda una visión de la ciudad en la que ésta era representada

³⁶ La utilización de vistas, fotografías aéreas o imágenes satélite no es entonces una simple concesión a la moda de las aproximaciones visuales en los estudios urbanos, sino un complemento de gran utilidad en combinación con los planos topográficos o temáticos. Como señala Sam Bass Warner, los motivos del *revival* visual son idénticos a los que, desde hace tiempo, han llevado a los investigadores a contar y cartografiar: la necesidad de controlar de algún modo la complejidad, la diversidad y la multitud de los fenómenos urbanos. Vid. WARNER, S. B., «The search for the meaning of landscape», en *Journal Of Urban History*, vol. 15, núm. 3, 1989.

³⁷ LEPETIT, B., «L'évolution de la notion de ville d'après les tableaux géographiques de la France», *Urbi*, 11, 1979; PERROT, I. C., *Caen au dix-huitième siècle*, París-La Haya, 1975, para la introducción de la noción de función en el siglo XVIII.

³⁸ ROBINSON, A., *Early Thematic Mapping in the History Of Cartography*, Chicago-Londres, 1982; ELLIOT, I., *The City in Maps. Urban Mapping to 1900*, Londres, 1987.

en función de un problema concreto, desde una realidad oculta en principio a la realidad más inmediata de la «ciudad de piedra». En el cambio de siglo, las nacientes ciencias sociales más o menos especializadas en la ciudad acabarían desarrollando esta cartografía «problemática». Al tiempo que la sociología, la economía, la higiene, la ingeniería o la demografía, fue generándose un importante caudal de planos temáticos en los que los datos eran cuidadosamente situados en el entramado físico de la ciudad para definir las distintas categorías sociales de sus distritos, las diferentes zonas de precios del suelo, las áreas de mayor o menor mortalidad, los flujos de tráfico o las distintas variables demográficas. Los estudios urbanos no han hecho así sino ensanchar las perspectivas de representación de la ciudad desde distintos puntos de vista muy selectivos, pero trascendentales si queremos relacionar adecuadamente la sociedad urbana con el espacio que la acoge. La visión socio-funcional de la ciudad que subyace en este tipo de cartografía ha sido en general hasta fechas relativamente recientes, y sobre todo en el ámbito de la historia urbana mediterránea, menos privilegiada que la aproximación más morfológica de la «ciudad como artefacto». Fuera de algunos momentos excepcionales en ámbito casi siempre anglosajón³⁹, esa cartografía temática fue pocas veces recopilada de forma sistemática y comparativa en los estudios urbanos retrospectivos. El plano temático constituye el reflejo inmediato e intencionado de un problema por parte del historiador. Explica de un golpe la variable urbana a representar y constituye el soporte natural de diálogo entre estudiosos de la ciudad más versados en el espacio y la representación cartográfica y los historiadores en sentido estricto.

Privilegiar esa aproximación de cartografía temática en el *Atlas Histórico de Ciudades Europeas* no es sólo una cuestión «de escuela». Es también fomentar una dimensión de la cartografía de carácter sintético que se ha considerado la más adecuada para una apro-

³⁹ HOYT, H., *The Structure and Growth of Residential Neighborhoods in American Cities*, Washington, De, 1939. La percepción de la ciudad desde la estructura y los usos del suelo conocerá sólo más tarde un desarrollo importante, comenzando con el trabajo de Dickinson, primer análisis comparado de la estructura espacial de unas cuantas ciudades europeas. DICKINSON, R. E., *The West European City...*

ximación a caballo entre la especialización y la divulgación, y de la que existen ya, en formato de atlas, buenos ejemplos 40. Esta aproximación directa a la dimensión espacial de la ciudad requiere su propio lenguaje y sus propias escalas de lectura. La infocartografía permite trabajar de un modo óptimo con planos de muy diferentes autores con escala atlas; si, por ejemplo, el plano de síntesis topográfico-morfológico por antonomasia se mueve en torno a escalas entre 112.000 y 115.000 para las grandes ciudades, el plano de síntesis temático se expresa por lo general mejor en escalas más altas, como 1110.000 a 1125.000, hasta el siglo XIX y mayores, 11100.000 en adelante, para el siglo XX.

En resumen, los atlas históricos actuales deberían reflejar las diferentes tensiones que se producen en el seno del debate contemporáneo de la historia urbana: lo social frente a lo espacial, lo local frente a lo general, la unidad frente a la multiplicidad de imágenes cartográficas, lo temático frente a lo morfológico, la ciudad real frente a la ciudad pensada. La iconografía de los atlas debería ser sensible a estas tensiones. No obstante, un rápido repaso a los atlas de ciudades recientes muestra que queda todavía un cierto camino por recorrer.

En el caso de los atlas históricos monográficos de ciudades es todavía muy dominante el modelo de recopilación de imágenes globales de la ciudad, donde se incluyen muchas veces las imágenes de los proyectos urbanísticos más globales, pero excluyendo por lo general fotoplanos y fotos-satélite, otras imágenes procedentes de la pintura y casi siempre la cartografía temática. Casi todos estos atlas ilustran a la perfección el paso de la vista urbana global al plano topográfico y documentan muchas veces los principales proyectos urbanísticos. La notable calidad de algunos ejemplos europeos, como el del atlas histórico de Amsterdam 41, no debe hacer olvidar, sin embargo, que el acento está puesto las más de las veces en

40 CLOUT, H. (ed.), *The Times London History Atlas*, Londres, 1991; PITTE, I. R. (dir.), *Paris, Histoire d'une ville*, París, 1993; HARRIS, R. C., y MATTHEWS, G. I., *Historical Atlas Of Canada*, 3 vols., Toronto-Buffalo-Londres, 1987, 1990 y 1993.

41 WAGENNAAR, M., et al., *Atlas Of Amsterdam*, Amsterdam, 1987. En muchos sentidos, las monografías de la serie Laterza (*Le città nella storia d'Italia*) serían

el artefacto, olvidando casi siempre los contenidos sociales. El tipo habitual de atlas histórico urbano de España responde casi sin excepción a este criterio, comenzando por el ya clásico *Atlas de Barcelona* y continuando con los ya numerosos de otras ciudades españolas de diverso tamaño (a veces simples compilaciones de planos históricos): Madrid, Valencia, Zaragoza, Sevilla, Valladolid, Cádiz, Lérida, Gerona⁴². Estos dos últimos atlas constituyen un ejemplo de calidad y exhaustividad en la cartografía reproducida, aunque se limiten casi exclusivamente a plantas de la ciudad (tanto plantas globales como parciales y de proyectos urbanos de todo tipo). En el apartado de planos temáticos los ejemplos de atlas históricos de una ciudad concreta son, en cambio, mucho más raros. Por citar un ejemplo europeo es obligado acudir al monumental *Historischer Atlas von Wien*, una obra todavía abierta, comenzada a inicios de la pasada década y que culmina una brillante tradición vienesa de cartografía e historia urbana⁴³. En España contamos ya con el excelente *Atlas Histórico de Madrid*, preindustrial, coordinado por

más cercanas a los atlas propiamente dichos en la dirección aquí referida, como es el caso, por ejemplo, de la monografía de INSOLERA, I., *Roma*, Roma, 1981.

⁴² Además del precedente ilustre del estudio de cartografía histórica de Madrid de MOLINA CAMPUZANO (1960), *vid.* GALERA, M.; ROCA, F., Y TARRAGO, S., *Atlas de Barcelona*, Barcelona, 1972 (versión ampliada y revisada, 1987); Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, *Cartografía básica madrileña. Planos históricos, topográficos y parcelarios de los siglos XVII, XVIII, XIX Y XX*, Madrid, 1979; AAVV, *Atlas de la ciudad de Madrid*, Madrid, 1992; AAVV, *Cartografía Histórica de la Ciudad de Valencia, 1704-1910*, Valencia, 1985; AAVV, *Evolución histórico-urbanística de Zaragoza*, Zaragoza, 1984 (1980); CALDERÓN, R.; SAINZ GUERRA, J. L., y HORTA, S., *Cartografía histórica de la ciudad de Valladolid*, Valladolid, 1991; AAVV, *Cartografía de Cádiz*, 2 vols., Sevilla, 1978; CATLLAR, R., y ARMENGOL, P., *Atlas de Lleida*, Hospitalet de Llobregat, 1987; CASTELLS, R.; CATLLAR, R., y RIERA, *Atlas Girona ciutat. Cataleg de plans de la ciutat de Girona des del segle XVII al XX*, Girona, 1992. Sevilla dispone de una útil carpeta de planos históricos [*Planos históricos de Sevilla, colección histórica (1771-1918)*], al igual que Valladolid. Existe una cuidada edición a escala de diez mapas históricos de Barcelona entre 1714 y 1940. Sevilla ha publicado una *Sevillaforma urbis* en la línea de algunas ciudades italianas, como Venecia y Roma, que incluye fotos aéreas cenitales y plantas topográficas a escala 112.000 y una magnífica *Iconografía de Sevilla*, 3 vols., 1988-1991.

⁴³ BANIK-SCI-IWEITZER, R., y MEISL, G. (eds.), *Historischer Atlas von Wien*, Viena, 1981. Para una mínima génesis de las publicaciones de la escuela centroeuropea

el Equipo Madrid, un trabajo donde la cartografía temática constituye el auténtico corazón de la publicación ⁴⁴.

Los atlas históricos de grupos de ciudades explican en general la misma historia. Con una intención explícitamente comparativa hay que referirse obligadamente a la ya larga trayectoria del Atlas europeo de la *Internacional Commission for the History of European Towns*. La principal función de esta Comisión, iniciada en 1955, fue la producción de un atlas histórico de ciudades que ayudase al estudio topográfico-comparativo de ciudades. La idea era simple: publicar un plano de cada ciudad europea, ciudades generalmente pequeñas, a escala 1:12.500 hacia 1830, acompañado de un plano regional (E: 1/25.000) y un plano moderno (E: 1/5.000). La publicación comenzó en 1968 y hasta ahora se llevan editados planos de más de 200 ciudades correspondientes a Alemania, Reino Unido, Italia, Países Escandinavos, Bélgica, Holanda, Francia, Austria, Irlanda y Polonia ⁴⁵. La intención era mostrar la ciudad al final del período preindustrial, intentando superponer los cambios topográficos durante ese largo período. El trabajo se está realizando a un ritmo muy pausado. La división por países y el largo plazo del proyecto explica en buena parte la lentitud y poca difusión del proyecto y una cierta heterogeneidad actual de las aproximaciones. Esta iniciativa, que en cualquier caso resulta muy útil a fin de reconocer la situación física de pequeños centros urbanos antes de la era industrial, ha planteado, sin embargo, algunas dudas sobre su utilidad como instrumento de comparación estricta entre ciudades ⁴⁶.

sobre Viena, vid. BOBEK, H., y LICHTENBERGER, E., *Wien. Bauiliche Gestalt und Entwicklung seit der mitte des 19. Jahrhundertsts*, Graz-Colonia, 1966, LICHTENBERGER, E., *Die Wiener Altstadt*, Viena, 1977. En la misma línea, pero de mucho más modestas pretensiones es el *Atlas Historique de Montreal*, de ROBERT, J., Montreal, 1994.

⁴⁴ Equipo Madrid, *Atlas Histórico de Madrid, siglos XVI-XIX*, Madrid, 1995.

⁴⁵ Un reciente balance del conjunto de publicaciones en SLATER, T. R., «The European Historie Towns Atlas», en *Journal o/ Urban History*, vol. 22, 1996, pp. 739-749.

⁴⁶ BORG WIK, L., y HALL, Th., «Urban history atlases: A survey of recent publications», en *Urban History Yearbook*, 1981; SIMMS, A., y OPLL, F. (eds.), *Historie Towns Atlas: Urban History through Maps*, Bruselas, 1995.

Una limitación evidente deriva del deseo de imponer una fecha homogénea para el plano base de la comparación. Para el caso español, por hablar sólo del más cercano, es imposible disponer de plantas catastrales para las ciudades pequeñas estudiadas como mínimo hasta finales del siglo XIX. Posiblemente, ésta sea una de las causas esenciales (junto a las estrictamente financieras) de la no iniciación del proyecto en nuestro ámbito ⁴⁷. La dimensión temática está prácticamente ausente en estos atlas, aunque el largo período de gestación de iniciativas ha permitido introducir planos socio-funcionales en numerosos casos alemanes y, sobre todo, en los ejemplos publicados en el ámbito escandinavo (lo que, en contrapartida, ha hecho menos homogénea la serie de planos de cara a la pretendida comparación).

Estas limitaciones demuestran también que la comparación estricta en la historia urbana no es tampoco sencilla. Una mirada demasiado rígida (mismo período, mismo tipo de cartografía, misma preocupación por el artefacto, como es el caso de los atlas de la Comisión) puede acabar convirtiéndose en algo más complicado de lo que en principio se suponía. En el *Atlas Histórico de Ciudades Europeas* hemos querido voluntariamente huir de un corsé excesivamente limitador. La cartografía presentada y la descripción de cada ciudad se concibe como un ensayo de autor específico. Como señala Paul Veyne, lo fundamental es explicar, hacer comprender la intriga, y aquí aparece como fundamental la figura del autor o autores ⁴⁸. El texto, la cartografía temática, los gráficos, la selección de documentos cartográficos, grabados y fotografías construyen la narración que sigue las líneas maestras que los autores de cada ciudad consideran convenientes. La historia no tiene, en efecto, grandes líneas; pero para evitar la tendencia bastante generalizada hacia la dispersión en las formas y en los puntos de vista derivados de la orientación disciplinar e intereses propios de cada autor se han establecido unas pautas implícitas de orden formal a las que cada autor había de ceñir su ensayo. Se propuso en este sentido una lista de cuestiones con-

⁴⁷ Existe otra publicación en nuestro entorno que ha recopilado planos históricos de ciudades. Nos referimos a BONET CORREA, A., *Cartografía militar de Plazas Fuertes y ciudades españolas, siglos XVI-XIX*. Madrid, 1991.

⁴⁸ VEYNE, P., *Comment on écrit l'histoire*, París, 1971, pp. 68-78.

sideradas relevantes. El cuestionario incluía en senes de unidades temáticas que podían ser mapificadas y distribuidas por períodos: situación y emplazamiento, funciones urbanas y demografía, crecimiento espacial, estructura socio-funcional y morfología urbana, planes y proyectos urbanísticos, infraestructuras, instituciones y equipamientos. Sin duda es una lista demasiado exhaustiva, que no tiene otro objeto que servir de guía a la hora de asignar prioridad a los temas fundamentales de cada ciudad. Obviamente, la comparación que puede establecerse en base a los ensayos de cada autor nunca es inmediata, sino que viene teñida por la particular especificidad del caso concreto. Se trata, en suma, de un instrumento para la comparación, no de una historia comparada de las ciudades europeas.

5. Un ámbito disperso: las posibilidades de las nuevas formas de edición

Dispersión disciplinar y dispersión geográfica están asociadas a la diversidad y complejidad del fenómeno urbano. Dispersión de los interesados, dispersión de los investigadores, dispersión de la información, contribuyen a dificultar la transmisión del conocimiento, el debate y la articulación efectiva de un campo de estudio que forma nichos y enclaves, con débiles intercambios de información y con ámbitos reducidos de debate. Especialmente difíciles cuando además se quiere abordar la dimensión espacial del fenómeno urbano. El propio repaso de las publicaciones, de su aparato gráfico y de sus ámbitos de difusión manifiesta con claridad las barreras y la dificultad de superarlas. A ello se añaden las tendencias localistas, las inercias disciplinares y la desatención hacia la dimensión espacial. El escaso uso de las herramientas cartográficas en el análisis retrospectivo de la ciudad deriva fundamentalmente de aproximaciones topográficas de valor exclusivamente local, de las propias tradiciones disciplinares, de la escasa familiaridad de los lectores con los documentos cartográficos, de la difícil y compleja relación entre formas espaciales y procesos generales... Pero, además, las razones de carácter editorial multiplican estos obstáculos, establecen

límites y barreras difíciles de franquear y contribuyen al establecimiento de un círculo vicioso que se cierra sobre sí mismo. La experiencia de los atlas históricos urbanos permite constatar en la práctica estas observaciones. En el momento que un atlas, como iniciativa editorial, intenta superar los distintos límites geográficos –**1a** dimensión local, regional o nacional–, las dificultades crecen hasta hacerse muy difíciles de superar: el proyecto del Atlas de la Comisión puede servir de ejemplo.

Las nuevas formas de edición electrónica, y especialmente **la** expansión de la red Internet en los medios universitarios, no son en sí mismas una panacea, pero ofrecen algunas posibilidades para **la** superación de estas barreras. Facilitan el poner a punto un instrumental con utilidades cartográficas más versátiles y, sobre todo, aglutinar esta realidad dispersa y débilmente comunicada que hemos descrito. Uno de los objetivos del *Atlas Histórico de Ciudades Europeas*, aparte de ir ampliando el *corpus* abierto iniciado, es el de aprovechar el trabajo realizado para ensayar mediante este nuevo medio de edición la superación de las dificultades que se han encontrado en su difusión convencional. Si en esa empresa se consigue aminorar la dispersión y fomentar el diálogo en un campo de estudios tan vocacionalmente multidisciplinar como el de la historia urbana y el de los análisis urbanos retrospectivos, nos daremos finalmente por satisfechos.